

LOS DESAFÍOS ESTRATÉGICOS DE LA ARGENTINA

Nos referiremos a una Argentina posible y, por lo tanto, varias veces nos moveremos en el terreno de lo hipotético. Esto significa que muchas cosas que propondremos no son de comprobación fáctica hoy y, por cierto, son discutibles y aún refutables.

Al intentar desde la Fundación Contemporánea producir pensamiento estratégico nacional, muchos son los desafíos que fuimos descubriendo, desafíos éstos de múltiples formas y alternativas. No pretendemos enumerar aquí todos ellos, sino que creímos oportuno compartir con ustedes los cinco desafíos, a nuestro entender, más importantes que enfrenta la Argentina en este momento histórico.

Si pusiésemos estos desafíos en forma de consignas para una Argentina posible, se expresarían así:

- 1) Hay que recuperar la política como el gran poder transformador.
- 2) La educación es la potencia liberadora.
- 3) La integración es la fuente de prosperidad y seguridad.
- 4) La descentralización es la forma del desarrollo sustentable.
- 5) El amor es la energía vital.

Hay que recuperar la política como el gran poder transformador. Entendemos por política, a los efectos de esta charla, al arte de organizar y ejercer el poder del Estado. El Estado será aquí entendido en sentido restringido, esto es, como gobierno y administración. El gobierno es quién fija las políticas públicas estatales y la administración quién las ejecuta. Vemos en éste punto claramente tres desafíos:

- a) Hay que buscar el equilibrio entre gobierno y administración.
- b) La Argentina debe alcanzar definitivamente la gobernabilidad.
- c) Es necesaria una nueva clase dirigente que integre el pasado y se lance al futuro.

En cuanto al primer punto, exceptuando algunos períodos de nuestra historia, nuestro país careció de un sano equilibrio entre gobierno y administración. En efecto, tuvimos grandilocuentes "proyectos nacionales" llenos de ideales y grandes objetivos que, sin embargo, fracasaron estrepitosamente en su ejecutividad, en su realización. Soñamos mucho, ejecutamos poco. A su vez, hemos tenido también, períodos de grandes transformaciones, de obras ejecutadas en tiempo y forma, de tecnócratas de buen nivel al comando de la administración pública y, sin embargo, esta ejecutividad no estaba al servicio de un proyecto nacional. Aisladas y sin coherencia, sin una visión común que les diese forma, las obras lejos de forjar un país desestructuraban lo existente sumiéndonos en crisis cíclicas tan recurrentes como inevitables.

Los argentinos debemos lograr un sano equilibrio entre gobierno y administración; es muy bueno decir, mejor es hacer, es muy bueno prometer, mejor es realizar. La política es visión, misión y ejecución, esta triada es inseparable, sin ella nos apartamos del arte de la política para sólo reposar en el mundo de la ideología (en el sentido napoleónico del término).

Respecto del segundo punto, la gobernabilidad; si hiciésemos una lectura ligera de nuestros 190 años de historia política, entre varias cosas rescatables, una surge diáfana sobre las demás: la inestabilidad política. Exceptuando el período 1880-1930, que sin embargo tuvo tres revoluciones fracasadas, todos los demás "tiempos políticos" argentinos fueron de violencia, de gobiernos que no terminaron y/o no gobernaron pacíficamente. Desde el año 1952 hasta 2001, el único gobierno que completó su período fue el del Dr. Menem; ni siquiera los gobiernos militares (excepto Videla), terminaron sus períodos. ¿A qué se debe tanta inestabilidad?

Los dos espíritus argentinos: La Argentina está conformada por dos grandes "espíritus nacionales". Uno es hispánico, latino, católico, aislacionista; el otro, liberal, racionalista, librecambista. Estos dos espíritus se encarnaron en sendos proyectos políticos: *los federales y los unitarios*. Estos proyectos en pugna desde el año 1810, no lograron imponerse claramente. Los argentinos pasamos sucesivamente de un modelo a otro sin lograr hacer pie en ninguno de ellos. A nueve años del bicentenario, creemos que no habrá gobernabilidad hasta que no entendamos que no somos unitarios o federales, sino unitarios y federales. Quién logre un sano equilibrio, una síntesis, entre estos dos espíritus, logrará el concurso de la gran mayoría de los argentinos (el Dr. Menem, en su primer período, tuvo algo de esto). Una clase política lúcida nos debe proveer de este primer y fundacional "agreement on fundamentals" (acuerdo sobre lo fundamental) sin el cual no habrá gobernabilidad jamás.

Sobre el tercer y último punto diremos que varias son las cualidades que ha de tener la nueva clase dirigente del bicentenario. Quisiera nombrar sólo dos:

*Debe ser integradora del pasado. Debe poder tomar con orgullo y amor toda nuestra historia. Los logros, lo bueno; los fracasos, lo malo. Debe respetar los dos espíritus y los debe encarnar en una gran síntesis, en un gran espíritu nacional.

*Debe tener un proyecto lúcido, integrador, moderno y convocante. En una nación donde el 75% de la población tiene algún abuelo extranjero, su patria y su bandera, su unión y comunión están en el futuro, en el proyecto sugestivo de vida en común.

La educación es la potencia liberadora. "La verdad los hará libres". Entre hoy y la prehistoria sólo hay conocimiento. Lo que nos separa de un hombre de la edad de piedra es que él carecía de estudios de post-grado. Si los conocimientos no se hubiesen acrecentado cualquier doctorado en filosofía, economía o ingeniería de hace 20.000 años sería exactamente igual a nosotros. Ahora bien, la consecuencia más formidable de este salto en el conocimiento es el dominio de la materia y, con ello, la liberación del intelecto y del cuerpo del mundo físico. Nos "liberamos" del fuego, lo dominamos y luego lo aprovechamos. Nos liberamos también del agua, aprendimos a canalizarla, a navegarla y a controlarla, derramándola sobre la tierra según nuestra necesidad para, dominando también la tierra, sacarle todo tipo de frutos y productos. Dominamos así todos los animales terrestres y marítimos usándolos para nuestro provecho. A su vez, dentro de la especie humana, las razas y culturas que más conocimiento poseen, dominaron a sus hermanos más ignorantes y, por ello, menos capaces de alcanzar la libertad. No se trata de teorías, a nuestro entender absolutamente erróneas y algunas de ellas inhumanas, de razas superiores o de temperaturas que permiten el desarrollo, es decir, no creemos en implicancias "físicas" sino, más bien, se trata de conocimiento acumulado y dominio de tecnología. En última instancia, qué lugar asigna cada pueblo al conocimiento.

Hablamos de la liberación del intelecto y del cuerpo, no así del alma y los afectos dado que sólo la religión es la gran liberadora e integradora de la persona humana en su conjunto. Ella provee la armonía entre cuerpo y alma, razón y corazón, deber y querer, ser y hacer. Y el alma sí es la misma desde el primer hombre hasta nuestros días. Las pasiones, los afectos, los

ideales y los anhelos son los mismos. La búsqueda de la felicidad, riqueza y grandeza, la aversión a la pérdida, enfermedad y muerte son iguales desde tiempos inmemoriales hasta hoy.

Siendo la política un arte arquitectónico que provee al Bien Común, se ve inspirada en la religión aunque no es dominada por ella. La religión provee el marco moral, es la fuente del "ethos" de una sociedad, su utilización con fines políticos y viceversa, ha contribuido a grandes enfrentamientos y al alejamiento de la verdad y el amor. Sirviéndose la política, en sana armonía, del "ethos" que provee la religión, ha de centrar sus esfuerzos en el dominio del conocimiento como fuente del poder nacional. Siendo el hombre la causa y fin de todas las acciones políticas y siendo, a su vez, la fuente más profunda y perfecta de poder (en su inteligencia y voluntad reside toda decisión política más allá de condicionantes y coyunturas), el acrecentamiento de su saber y dominio de la materia (poder tecnológico) hacen al directo acrecentamiento del poder nacional. El poder nacional, entendido como la capacidad creativa y ejecutiva de un pueblo, es directamente proporcional a su stock de conocimiento, a la calidad y cantidad de educación que posean desde el más encumbrado hasta el más humilde de sus miembros.

Que se entienda bien, no hablamos de dignidad, sino de poder. La dignidad de todo ser humano está garantizada por el sólo hecho de la concepción. Sin duda alguna, es tan preciosa la vida de un ignorante cómo la del más renombrado científico. No obstante lo cual, también es cierto que el saber plenifica la humanidad al permitirnos conocer el bien y proveer el dominio de los medios para alcanzarlo. Los argentinos hemos de entender, encarnar y enseñar que en el saber, extendido a todos, está el camino que conduce a la modernidad, a la prosperidad creativa y sin límites, a la verdadera independencia económica y soberanía política.

Esto fue perfectamente entendido por los hombres de la generación de 1880 que, en treinta años, transformó un desierto en una de las llanuras más ricas del mundo; en el país que más extranjeros recibió por habitante en la historia (en el punto álgido de inmigración, los EEUU tenían el 11% de la población extranjera; la Argentina el 32%). El presidente Sarmiento revolucionó el sistema educativo instalando el sistema más moderno de su época. Quién lo siguió en la presidencia fue Nicolás Avellaneda su ministro de Instrucción Pública, a éste siguió Julio A. Roca quién nombró a sus dos antecesores Rector de la Universidad de Buenos Aires y presidente del Consejo Nacional de Educación. El poder político estaba asociado a la educación; la política educativa proveía prestigio y poder a los políticos, algo inexistente en Latinoamérica cien años después. Hoy ningún país puede ingresar a la Unión Europea si no tiene el nivel secundario obligatorio; es una cláusula excluyente. No hay nación desarrollada sin un sistema educativo universal, obligatorio, fuerte, moderno y jerarquizado.

La Integración es la fuente de prosperidad y seguridad. De las tres Américas, la única que se partió fue la española. La América sajona está unida y son 280 millones de habitantes, la América portuguesa se mantuvo unida y son 170 millones de habitantes, la América española se partió y somos 350 millones divididos en treinta países.

Siempre me pregunté por qué la Argentina siendo relativamente pequeña ha soñado obstinadamente con la grandeza. En realidad, los hombres de Mayo de 1810 pertenecían a una nación continental de alcance mundial. Domingo Matheu, en 1808, pertenecía a una familia mercantil que tenía un hermano en Guatemala, otro en Manila (Filipinas) y la casa matriz del tío en Barcelona. Las universidades de Santo Domingo y Chuquisaca otorgaban títulos habilitantes para ejercer en todo América y Europa; hoy, la Universidad Nacional de Buenos Aires no otorga títulos habilitantes ni siquiera en el Mercosur. Con la división, Latinoamérica renunció a la grandeza, renuncia que tuvo implicancias evidentes en la prosperidad y la seguridad. No en vano Bolívar y San Martín, dos hombres de acción, bregaban por la unidad continental, con idealismo sí, pero sobre todo, con mucho realismo. El todo es más que las partes y las partes se plenifican en el todo. Sin el todo somos menos, sin el todo no hay desarrollo pleno. Esto, que tan bien fue entendido por Europa en su marcha hacia la unidad, es el llamado de la hora. En un mundo de Estados-Continente como China (1.300 millones de habitantes), la India (1.000 millones de habitantes), Europa (400 millones de habitantes), países como la Argentina (36 millones de habitantes) y aún Brasil (170 millones de habitantes) serán pequeñas unidades políticas incapaces

de incorporar, desarrollar y acumular tecnología, toda vez que ésta se adaptará a escalas continentales. No habrá tecnología productiva para mercados pequeños. De hecho, hoy, el comercio exterior, que junto con las inversiones y las nuevas tecnologías, es el motor del crecimiento económico florece en espacios continentales. No existe un mercado global, existen **mercados internos ampliados**.

Algunos datos:

- 1) La Unión Europea exporta sólo el 10% de su PBI; el 90% se comercializa en el mercado interno ampliado.
- 2) El "Global Trader" EEUU le vende el 35% de sus exportaciones al NAFTA (su mercado interno ampliado) y sólo el 21,8% a toda Europa. Veintiocho millones de Canadienses consumen más productos estadounidenses que 400 millones de europeos.
- 3) Canadá vende en EEUU el 83,7% de sus exportaciones sin lo cual el "competitivo" Canadá exportaría menos que Brasil y poco más que la Argentina.
- 4) De los quince primeros grandes traders sólo dos no están asociados a entes comerciales supranacionales.
- 5) Según el índice de internacionalización (países más competitivos), de los quince primeros países, sólo dos no pertenecen a mercados comunes.
- 6) En mejor ambiente de inversión, de los quince primeros países, sólo tres no pertenecen a mercados comunes.
- 7) En cuanto al acceso a la tecnología, en telefonía tenemos que de los quince primeros, sólo dos no están integrados; en telefonía móvil, de los quince primeros, sólo cinco no están integrados; en cuanto al acceso a computadoras y acceso a Internet, de los primeros quince sólo tres no están integrados.

Creemos que éstos tipos de datos, es decir, la realidad, se impone y es lo que motorizó al presidente George Bush (padre) a impulsar un mercado interno ampliado de 800 millones de americanos con el 28% de la superficie de la Tierra (Asia tiene el 30%) e inmenso potencial y riquezas. Sin una América unida no hay futuro.

Decíamos también, que sólo se puede garantizar un mínimo de seguridad en la integración. Algunos datos:

- 1) Gastos en defensa como porcentaje del PBI: de los 40 primeros países en gasto, ninguno pertenece a un mercado común. Todos están solos en el mundo.
- 2) De los quince primeros países en hombres bajo bandera (servicio militar) sólo dos (EEUU y Alemania) pertenecen a mercados comunes, los otros trece están solos en el mundo.

De más está aclarar que, estando las naciones integradas, ninguna querrá destruir su prosperidad agrediendo a sus socias. A su vez, es poco probable que una potencia extra zona quiera destruir la prosperidad de varios países a la vez, con lo cual, si bien, tal vez nunca se acabe la guerra, sí podemos acotarla y hacerla mucho más difícil e insoportablemente costosa.

La Argentina ha de avanzar a la re-uniión nacional americana, de donde recibió su ser y adonde reside su futuro, su deber ser.

La descentralización es la forma del desarrollo sustentable. Uno de los signos de nuestros tiempos es el afán de los pueblos y regiones por gobernarse a sí mismos. Pareciera ser que mientras queremos pertenecer a espacios ampliados e integrados, necesitamos la libertad que implica poder elegir quién se ocupe de nuestros asuntos domésticos. Y no sólo quién, sino también cómo; esto es, con qué grado de participación y cercanía se resuelven los problemas cotidianos. A su vez, el avance formidable de la tecnología permite hoy formas de administración y gobierno absolutamente imposibles hace sólo décadas. Por esto Europa, mientras avanza hacia un Estado continental, se desagrega en más de 200 regiones. Sin duda alguna no hay mejor gobierno que el gobierno cercano. Los argentinos recuperamos en el año 1983 el sistema representativo y republicano, es hora que avancemos seriamente hacia un nuevo federalismo, fuerte, moderno y solidario. El colapso de nuestra experiencia federal se puede cuantificar.

Algunos datos: 1) La Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) con tres millones de habitantes (menos del 10% del total nacional) posee el 25% del PBI industrial nacional.

2) La CABA tiene un PBI per cápita de \$22.000; la provincia de Mendoza (una de las cuatro más ricas del país) uno de \$4.800. Esto representa una diferencia de riqueza de casi cinco veces a favor de la capital.

3) La CABA tenía depósitos por habitante (datos de 1998) \$14.000; la provincia de Mendoza \$1.014. Es decir, que cada porteño tenía catorce veces más posibilidades de financiamiento que un mendocino. El Banco de Río Negro, luego de su privatización, pasó a prestar el 85% de sus créditos en la CABA, y sólo el 15% a los productores rionegrinos.

4) El 68% de los profesionales argentinos (personas con título universitario), trabajan en la CABA, el resto del país se reparte el restante 32%.

5) El 85% de la programación televisiva se realiza en la CABA, el resto del país sólo produce el 15% de los programas. La CABA concentra, prácticamente, todos los multimedios nacionales.

El nuevo federalismo ha de respetar el ser histórico nacional, pero si pretende dar respuesta en serio, será también racional, coherente y eficiente.

- 1) Las provincias deben mantener su identidad política.
- 2) La unidad federal de desarrollo económico ha de ser la Región. La región incluirá más de una provincia, la excepción puede ser la provincia de Buenos Aires.
- 3) Las regiones deberán tener el total dominio de sus recursos naturales y financieros (véase el sistema financiero de la Federación Americana). Dejamos a salvo los casos muy puntuales y acotados de recursos que hacen directamente a la seguridad nacional. Tratándose de estos recursos, la nación los debería explicitar y tendría poder de veto sobre su manejo; si por ellos se obtuviese ganancias y/o rentas, las mismas deberían ser íntegramente para la región que los produzca.
- 4) Los servicios públicos deben ser de exclusiva jurisdicción provincial, pudiéndose delegar algunos de ellos a la órbita regional. Piénsese en el servicio de telecomunicación mendocino (la Compañía Argentina de Teléfonos) que funcionó por 80 años al margen del sistema nacional (ENTEL) y lo hizo con gran eficiencia. Por su parte, la empresa mendocina de electricidad (EMSE) daba ganancias al momento de su privatización (casi forzada por el gobierno nacional; decisión tomada por funcionarios a 1.100 km del asunto).
- 5) Se debe resolver el ineficaz e ineficiente sistema impositivo argentino. Las provincias y los municipios han de recuperar poder fiscal. El mismo ha de ser simple, transparente y automático (no arbitrario).

Con regiones disponiendo de sus ahorros vía un sistema bancario federal y en pleno uso y goce de sus recursos, se desatará una sana competencia por el establecimiento de espacios sanos y abiertos a la inversión y el desarrollo sustentable. La migración interna hacia zonas de grandes oportunidades y potencial equilibrará nuestra demografía macrocefálica y sentará las bases para una nueva ola migratoria extranjera. Hay que recuperar a Alberdi: "Gobernar es poblar".

El amor es la energía vital. Cuando hablamos del amor como la energía vital, nos referimos a ése sentimiento que trasciende el sentimentalismo para abarcarlo todo; es decir, para abarcar también a la razón. Es el sentimiento que sale del corazón para transformarse en convicción al llegar a la razón.

La Argentina es un organismo vivo que necesita ser amado. Nadie que no se sienta amado puede vivir. Todos sentimos que alguien nos ama, si no es aquí en la Tierra será en el cielo, pero nadie que tenga la profunda convicción de no ser amado, puede sobrevivir. La Argentina se nos está muriendo por la profunda desidia, desapego y desamor con que la clase dirigente la trató en los últimos treinta años. Esto debe terminar. No puede haber un proyecto nacional basado sólo en la razón; a la razón hay que ponerle corazón. Los dos grandes proyectos exitosos de la Argentina, el conservador de 1880 y el peronista, le pusieron sangre a sus ideales. La generación del '80 entregó sus hijos para transformar el país. En efecto, en la Guerra del

Paraguay murieron (entre otros gloriosos): el hijo del presidente en ejercicio (Paz), el hijo de quién sería presidente (Sarmiento), el padre y dos hermanos de otro futuro presidente (Roca), el hijo del comandante de la marina, el hermano de quién sería comandante del ejército (Campos), y así la lista resulta interminable como asombrosa. Por su parte, el proyecto peronista sufrió dieciocho años de proscripción, persecución y muerte. No creemos que para transformar la Argentina tengamos que seguir derramando sangre, pero sí que una clase dirigente que tiene sus ahorros afuera (hay u\$s 100.000 millones de argentinos en el exterior, todos ellos de dirigentes; cifra casi equivalente al total de la deuda externa) y cuyos hijos, en una cantidad inusual para otros países, vive y trabaja en el extranjero, no tiene la capacidad afectiva de conducir los destinos nacionales.

La Argentina sólo tendrá fuerza vital como proyecto colectivo cuando sus dirigentes la amen, se involucren afectiva y efectivamente, cuando nos duela nuestra gente, nuestros viejos, nuestros jóvenes, nuestros pobres, nuestros ricos; cuando la confianza en nosotros se contagie de algunos a todos. **A los jóvenes dirigentes:** *"El amor es paciente, es servicial, el amor no es envidioso, no se jacta, no se engríe, es decoroso, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. El amor no pasará jamás."*(1°Co. Cap.13). Amar para servir y servir a la Argentina, esa Argentina de carne y hueso que, en silencio, sueña, aguanta y espera...

Lic. Simón E. Bestani
Presidente Fundación Contemporánea
Buenos Aires, octubre de 2001